Domingo XIII Ordinario, Ciclo B.
Sabado

Dios nos visita en Jesús, que viene a curarnos de nuestras dolencias y a bendecirnos, transformar las penas en alegrías

«Al entrar en Cafarnaún se le acercó un centurión y, rogándole, dijo: Señor, mi criado yace paralítico en casa con dolores muy fuertes. Jesús le dijo: Yo iré y lo curaré. Pero el centurión le respondió: Señor; no soy digno de que entres en mi casa; basta que lo mandes de palabra y mi criado quedará sano. Pues yo, que soy un hombre subalterno con soldados a mis órdenes, digo a uno: ve, y va; y a otro: ven, y viene; y a mi siervo: haz esto, y lo hace. Al oírlo Jesús se admiró, y dijo a los que le se guían: En verdad os digo que en nadie de Israel he encontrado una fe tan grande. Y os digo que muchos de Oriente y Occidente vendrán y se pondrán a la mesa con Abrahán, Isaac y Jacob en el Reino de los Cielos, mientras que los hijos del Reino serán arrojados a las tinieblas exteriores: allí será el llanto y el rechinar de dientes. Y dijo Jesús al centurión: Vete y que se haga conforme has creído. Y en aquel momento quedó sano el criado.» (Mateo 8, 5-13)
1. **–"Al entrar Jesús en Cafarnaúm se le acercó un centurión o capitán del ejército romano, y le rogó diciendo..."** El primer milagro había sido para un miembro del pueblo de Dios... excluido por su lepra. El segundo será en favor de un pagano. ¡Todo un programa! El movimiento misionero de la Iglesia ya está presente. La salvación de Dios no está reservada a unos pocos. **Dios ama a todos los hombres; su amor rompe las barreras que levantamos entre nosotros**. Jesús hace su segundo milagro ¡en favor de un capitán del ejército de ocupación!, ¡en favor de un pagano! Los romanos eran mal vistos por la población: muchos judíos fieles escupían al suelo, en señal de desprecio, después de haberles adelantado en el camino. Señor, es a este centurión despreciado que vas a escuchar, complacer y alabar. Prescindes del "¿qué dirá la gente?", no aceptas nuestras divisiones ni nuestros racismos ni estrecheces de corazón. Tu corazón es universal, misionero. Contemplo ese corazón que ama a todos los hombres.
-"Señor, mi criado está echado en casa con parálisis, sufriendo terriblemente". Expone simplemente la situación; describe la dolencia; y lo más notable es que habla en favor de otro, de su criado. ¿Es así mi plegaria? ¿Qué parte ocupa en mi vida la plegaria de intercesión? Mi tendencia ¿es quizá rezar sólo para mí? Ayúdame, Señor, a tener presente a los demás en mis peticiones, a pensar en ellos y sentir como propias sus necesidades.
-"**Jesús contestó: Yo mismo iré y le curaré**". Disponibilidad, respuesta inmediata. Compromiso de toda su persona para servir a un desconocido.

-"**Señor, yo no soy quién para que entres bajo mi techo, pero basta una palabra tuya para que mi criado se cure**". Humildad profunda. Este pagano es muy consciente de que la ley judía le rechaza; esto debe dolerle. Sin embargo no quiere poner a Jesús en una situación de "impureza legal". Y, por delicadeza, quiere evitarle que entre en su casa. En la Misa ha quedado plasmada la oración del "pagano", antes de que recibamos al Señor: "**Yo no soy quién, yo no soy digno**".
–"Porque yo, que soy un subalterno, tengo soldados a mis órdenes; y si digo a uno que se vaya, se va; y a otro que venga, y viene"... Este hombre subraya el valor de la "palabra" del que tiene autoridad. Tú, Jesús, tu Palabra, tiene autoridad.
-"**Al oír esto Jesús se admiró y dijo a los que le seguían: "En verdad os digo que en ningún israelita he encontrado tanta fe."**" Jesús, Ayúdame a creer más y mejor.
-"Os digo que vendrán muchos de oriente y occidente a sentarse a la mesa con Abraham..". En cambio a los ciudadanos del Reino los echarán afuera... Profecía: Jesús ve la entrada de los paganos en la Iglesia. Rezo por todos aquellos que se quedan aún esperando, por todos los que no se saben invitados al festín de Dios, a la mesa de Dios.
-Luego dijo Jesús: "**Ve, que te sea otorgado lo que has creído**". La Fe. Ella introduce al Reino. Aumenta nuestra fe, Señor; y haz que todos los hombres la descubran y la vivan (Noel Quesson).
Veo, Señor, tu solidaridad con nuestros males. Es lo que dijo Isaías: «**Él tomó nuestras dolencias y cargó con nuestras enfermedades**». Quiere curarnos a todos de nuestros males. ¿Será un criado o un hijo el que sufre, o nosotros los que padecemos fiebre de alguna clase? Jesús nos quiere tomar de la mano, o decir su palabra salvadora, y devolvernos la fuerza y la salud. Nuestra oración, llena de confianza, será siempre escuchada, aunque no sepamos como. Antes de acercarnos a la comunión, en la misa, repetimos cada vez las palabras del centurión de hoy: «**no soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará para sanarme**». La Eucaristía quiere curar nuestras debilidades. Ahora no nos toma de la mano, o pronuncia palabras. El mismo se hace alimento nuestro y nos comunica su vida: «**el que come mi Carne permanece en mí y yo en él... el que me come vivirá de mí, como yo vivo de mi Padre**» (J. Aldazábal).
2. El libro de las Lamentaciones nos hace ver el canto patético de dolor de la ciudad destruida, los ancianos silenciosos, las lágrimas en los ojos de todos, los niños desfallecidos de hambre. Pero el autor del libro invita al pueblo a dirigirse a Dios con su oración y sus manos alzadas al cielo. Los hechos que las crónicas narran quedan aquí completados por la interioridad que tienen esos en el nivel espiritual, el que unos testigos pueden vivir en el hondón de sí mismos. La tristeza que sienten los deportados es grande, el estilo narrativo poético: "las doncellas de Jerusalén humillan hasta el suelo su cabeza". Los falsos profetas no ayudaron y cayó el reino: -"Tus profetas tuvieron visiones locas y engañosas". Son los que

llevan a todo un pueblo a la desgracia, los hay también en todos los tiempos. Señor, danos verdaderos profetas.
-"**Que tu corazón clame al Señor… Como agua, tu corazón se derrame ante el rostro del Señor… Alza tus manos hacia El**"... Jerusalén está destruida. Todo es luto y miseria. Pero nace una invitación a la oración. El mal no es la última palabra de la historia. No está todo perdido, mientras un hombre de Dios esté ahí: el diálogo con Dios continúa, y la vida volverá a su curso (Noel Quesson).
3. La oración del salmo, une la desgracia del pueblo a la invitación a elevar a Dios estas palabras: «**no olvides sin remedio la vida de tus pobres… acuérdate de la comunidad que adquiriste desde antiguo, que el humilde no se marche defraudado**».
Muchas veces, tenemos que levantar nuestras manos hacia Dios y «lamentarnos», como los judíos, de situaciones que nos pueden parecer dramáticas. Cuando interpretamos nuestra historia personal de dolor o las desgracias de la comunidad cristiana o de la sociedad humana desde la fe, nos volvemos más humildes, y acudimos con mayor confianza a Dios, que es el único que tiene las claves de la historia y el que sigue queriendo nuestra salvación. Muchos de los salmos que rezamos, tomados de la historia del Antiguo Testamento, nos sirven para expresar, también ahora, nuestros sentimientos, ayudándonos a leer la historia con sentido religioso, sin perder nunca del todo la esperanza (J. Aldazábal).
Llucià Pou Sabaté